



CAPÍTULO XVII.

SOLARES Y LOS SUYOS.

CREEMOS haber dicho lo bastante hasta el anterior capítulo, para que nuestros lectores estén al tanto de la situación que guardaban los personajes de esta historia, hasta el momento en que Gabriel había sido despedido del colegio.

Don Santiago recibió esta pesadumbre en los momentos en que Solares, que se había convertido en su sombra, lo asediaba incesantemente proponiéndole cien negocios á un tiempo.

Solares no cesaba de exclamar para sí— ya tengo á mi hombre, es preciso que don Santiago acepte, por lo menos, uno de tantos negocios como le propongo, y cualquiera que sea, me va á dejar una regular utilidad.

Aplazado definitivamente don Santiago para resolver en cierto día acerca de dos de los negocios propuestos por Solares, que estaba ya seguro de haber atrapado una *bolichada* extraordinaria, llegó una tarde á su casa á eso de las dos, poniendo la cara mas alegre del mundo.

Iban en su compañía un compadre suyo, mas pobre que Solares, y otro pariente de su mujer, que también ocupaba uno de los primeros lugares entre los desheredados de la suerte.

Isabel, la mujer de Solares, se sorprendió al verlo llegar alegre y, sobre todo, acompañado; pero al ver que su marido venía cargando una botella envuelta en papel, comprendió de un golpe, que iba á soplar brisa fresca en aquella casa, por tanto tiem-

po teatro de la miseria y las necesidades.

—¡Isabel! gritó Solares desde la escalera de su casa.

Isabel se apresuró á recibir á su marido; y los siete hijos de Solares formaron un grupo de lo mas pintoresco á la entrada del corredor.

—¡Papá! ¡papá! se oyó exclamar en todas las notas de la escala, que son siete precisamente.

Solares tuvo un momento de verdadera satisfacción, y las once bocas de los que formaban aquel grupo, dejaron asomar los dientes simultáneamente, como si hubiera sonado esta voz militar: presenten.

Once sonrisas, serían asuntos de los mas difíciles para un pintor.

Este pintor pondría á Solares en el centro del grupo, levantando su botella empapelada para librarla de las caricias filiales.

Isabel estaba leyendo en la fisonomía de su marido, queriendo adivinar qué lotería sería aquélla.

El compadre y el amigo pobre, con el

sombrero en la mano y con la sonrisa del convaleciente en los labios.

El pobre y el enfermo tienen una sonrisa particular que se engendra al olor de la sopa de pan.

Los siete hijos de Solares que hacían la figura de los tubos de un órgano, se sonreían todos, y de entre ellos algunos gritaban como cabras.

Por lo pronto no se oyeron más que estos nombres.

—¡Solares!

—¡Isabel!

—¡Comadre!

—¡Cisneros!

—¡Papá!

—¡Hijitos!

Pero restablecido el orden fué otra cosa.

Solares metió mano al bolsillo y dió dinero á su mujer, indicándole con un movimiento de ojos, que el compadre y Cisneros comían.

Isabel que precisamente estaba haciendo la sopa de pan y que había recibido á su

marido sin soltar el ayentador, corrió á la cocina.

Solares mandó despejar la sala, encargando al mas grande de sus hijos que se llevara á los demas, sólo que esta orden fué formulada de esta manera.

—¡Roberto! llévate á la tropa.

—¿Qué traes papá? preguntó el mas glotón de los muchachos, viendo la botella.

—Medicina, contestó Solares.

—Sí, medicina, refunfuñó el muchacho.

—Despejen, despejen muchachitos, dijo Solares.

Y en seguida desfiló la familia menuda.

Demos una ojeada á la casa de Solares.

La sala en que estaban en aquel momento, era una pieza cuadrilonga de seis varas en su mayor dimensión: había allí un sofá forrado de hule, dos rinconeras con nichos, una gran cónoda de caoba antigua, un sillón de convnto, forrado de baqueta y claveteado con clavillos de latón.

Había algunas sillas pintadas de negro, y

ostentando duraznitos dorados en el respaldo.

En las paredes había una virgen de Guadalupe, un retrato de Iturbide, un retrato al oleo de Solares joven, al otro extremo el de Isabelita antes del primer parto, de manera que al ver los retratos no había una sola de las visitas que no hiciera esta pregunta á Solares:

—¿Éste es usted, y aquélla Isabelita?

—No señor, contestaba Solares, ésta es Isabelita y aquél soy yo.

Tan rozagante así estaba Solares en el retrato, y tan lampiño, que solan confundirlo con su mujer, que se le parecía algo, y sobre todo tenía muy pronunciado aquel retrato la sombra de la nariz al grado de que á lo lejos podía tomarse por una indicación de bigote.

Cuando las visitas se acercaban á ver los retratos, había por lo general, el siguiente diálogo, que los mismos reratos habían aprendido ya de memoria:

—¡Hombre! exclamaba el observador,

pues me había confundido efectivamente, vea usted qué cosa, esa sombra de la nariz me pareció el bigote.

—No, no señor, es la sombra; como le viene la luz de arriba....

—Efectivamente.

—Y como Isabel se parece algo á mí....

—Sí, vea usted, es cierto, en la frente....

—Y como además Isabel tenía dos hoyitos á los lados de la boca..... ahí están un poquito exagerados.

—Es cierto, pues todo eso me pareció de lejos el bigote.

—No, señor, yo no tenía pelo de barba cuando me retraté.

—Ya, ya lo estoy viendo y no era usted mal mozo.

—¡Oh! señor.....

—Pues está usted bien acabado.

—Qué quiere usted, las pesadumbres, las pesadumbres.

Este diálogo que no era, como se vé, el panejórico del pintor, acababa siempre con esta frase por parte del atento espectador:

—Buen pincel.

Cisneros y el compadre habían tenido el gusto muchas veces de contemplar aquellos retratos, y por eso sólo se contentaron en esta vez con darles un vistazo.

Isabel que era una persona que por lo común entendía á Solares con solo que éste moviera los ojos, envió á la sala á una criada con el servicio del catalán, que consistía en un plato de cristal partido por la mitad y pegado con mastic.

Este plato que servía en las ocasiones solemnes, contenía un vasito de vidrio verde, una copa y un pozuelito de porcelana.

Solares destapó el catalán con un tirabuzón de bolsa y llenó los tres trastecitos: dió el verde al compadre, la copa á Cisneros y él tomó el pozuelo.

El compadre bajó una después de otra las puntas de su capa color de plomo que tenía cruzadas sobre las piernas, se paró y dijo:

—¡Vaya compadre! pues por el feliz éxito de los negocios de don Santiago.

—Por eso mismo, dijo Cisneros.

—Chocaron los utensilios y los tres amigos bebieron y después fumaron.

El compadre de Solares era un señor que no tenía destino hacía mucho tiempo, vivía de lo que podía, y arrastraba una existencia difícil y triste, pero con una resignación estóica; era lo que se llama un hombre desgraciado.

Se llamaba Tostado.

Por aquí empezaban sus desgracias, y aparte de que este apellido no despierta por su significación ideas muy risueñas, ya entre muchas personas era familiar esta frase.

—Es mas pobre que Tostado.

A Tostado, según él mismo decía, lo que le había faltado era protección, que por lo demás no sabía hacer nada.

Llevaba Tostado veintitantos años de no estrenar las piezas de su vestuario: empezaban en él su segunda vida hasta su transformación definitiva.

Durante este largo período de miseria, Tostado había acostumbrado á su estómago

á una inacción de ventiuna horas por cada veinticuatro.

Había logrado simplificar la grave cuestión de la alimentación á lo estrictamente necesario para no fallecer, y por beneficio de Dios, nunca le había faltado ese último recurso periódico.

La más lijera inovación en este método alimenticio, era una verdadera fiesta para Tostado.

El día en que lo conocemos en la casa de su compadre Solares, Tostado dejó traslucir su satisfacción por medio de una sonrisa patriarcal.

Ya hemos dicho que la casa olía á sopa de pan, circunstancia que se manifestaba palpable en las ventanas de la nariz de Tostado, que se dilataban con cierta voracidad preliminar.

El catalancito acabó de imprimir en la fisonomía de Tostado un gesto de bienestar y de satisfacción que no desdeñaría Mr. Gibbs en un banquete privado.

En cuanto á Cisneros, hay algo más que

decir que de Tostado: sus vestidos eran menos grasientos, y mas sagaz y avisado, contaba en su vida otro género de peripecias.

Entendido en tramitología judicial, solía aumentar sus ingresos con propinas ganadas como testigo de asistencia, como ministro ejecutor y como procurador.

Tenía, como muchos pobres, el instinto de un ódio inveterado á todos los ricos, y se creía indemnizado de la amargura de sus miserias el día que embargaba á un rico ó que veía padecer á una persona de mejor posición que él.

Cisneros hacía vano alarde de una virtud negativa, que consistía en que algunas trampas que había hecho habían pasado desapercibidas, y las que tenía intenciones de seguir haciendo, no las había combinado por falta de oportunidad; de manera que Cisneros era honrado para todos, menos para sí mismo, pero había adquirido un hábito tal de decirse honrado en presencia de los demás que había acabado por creerlo él mismo.

Tales eran los amigos de Solares.

—¿Y cree usted, le dijo Tostado á su compadre, que ese señor don Santiago se decida por fin á hacer el negocio?

--Voy á decirles á ustedes: yo tengo plena seguridad de que don Santiago me va á servir de mucho, desde que tengo este dato, que me consta: tiene muy buen corazón.

—¡Es posible!

--¡Excelente! van ustedes á juzgar por el hecho siguiente:

Se presentó á don Santiago un sugeto.

—Señor, le dijo, sé que es usted un hombre de muy buenos sentimientos, sé que tiene usted un bello corazón, y con estos datos, no he vacilado un momento en dirigirme á usted, para ponerlo al tanto de una desgracia.—¿Qué desgracia? le preguntó don Santiago.—Figúrese usted señor, que mi suerte me ha negado los recursos, hasta el grado de verme á un pan pedir; soy de tierra extraña, hace ya ocho meses que estoy aquí sin conseguir recurso de ninguna

clase, el Gobierno con la mayor injusticia del mundo me quitó mi destino, reduciéndome á la miseria de la noche á la mañana, y hoy me encuentro en una situación bien crítica, yo soy un hombre decente, aunque me tome la mano en decirlo, y tengo vergüenza, pero hoy me he decidido á salir á buscar quien me socorra, por que mi mujer está de parto, y mis hijos tienen hambre.

—Ya sé quién es, dijeron á un tiempo Tostado y Cisneros.

—Es claro, dijo Solares ¿quién no conoce á Estéban?

—Y por supuesto, agregó Tostado, sacaría de la bolsa la consabida receta del médico.

—Cabal, así fué, continuó Solares, y siguió haciéndole al pobre de don Santiago una llorona tan bien combinada que.....

—Que don Santiago acabó por darle, interrumpió Cisneros.

—Ya se vé, don Santiago le dió diez pesos.

—¡Diez pesos! exclamaron á un tiempo los amigos de Solares.

—Diez pesos, repitió éste, sobre que estoy verdaderamente escandalizado del hecho; figúrense ustedes á Estéban dueño de diez pesos.

—¡Ah! decididamente, exclamó Cisneros, ese don Santiago es un hombre de quien se puede sacar mucho partido.

Cada uno de aquellos tres personajes, convirtió su cabeza en una devanadera, echándose á buscar, en el intrincado laberinto de su imaginación, la manera de explotar á don Santiago.

Las virtudes de este señor, fueron un cebo para aquellos lobos hambrientos; cebo que señalaba de antemano como víctima á aquél que dejaba entrever en medio de la general corrupción una de esas virtudes, mas raras cada día, y que más dan pasto á los ambiciosos, que ocasión para admirarlas.

Reinó por lo tanto un elocuente silencio en la sala, silencio que fué interrumpido por el deseado aviso de Isabel de que la comida estaba lista.

Renunciamos á describir el gesto de pro-

funda satisfacción que se pintó en los semblantes de Cisneros, y de Tostado, quienes, á pesar de tener mucha confianza con Solares, no pudieron menos en aquella vez, que hacer todo eso que hacen las personas muy bien educadas cuando se trata de que pasen dos ó más por una puerta.

FIN DEL TOMO PRIMERO.